

LOS ESPÍAS DE EL PLUMERILLO

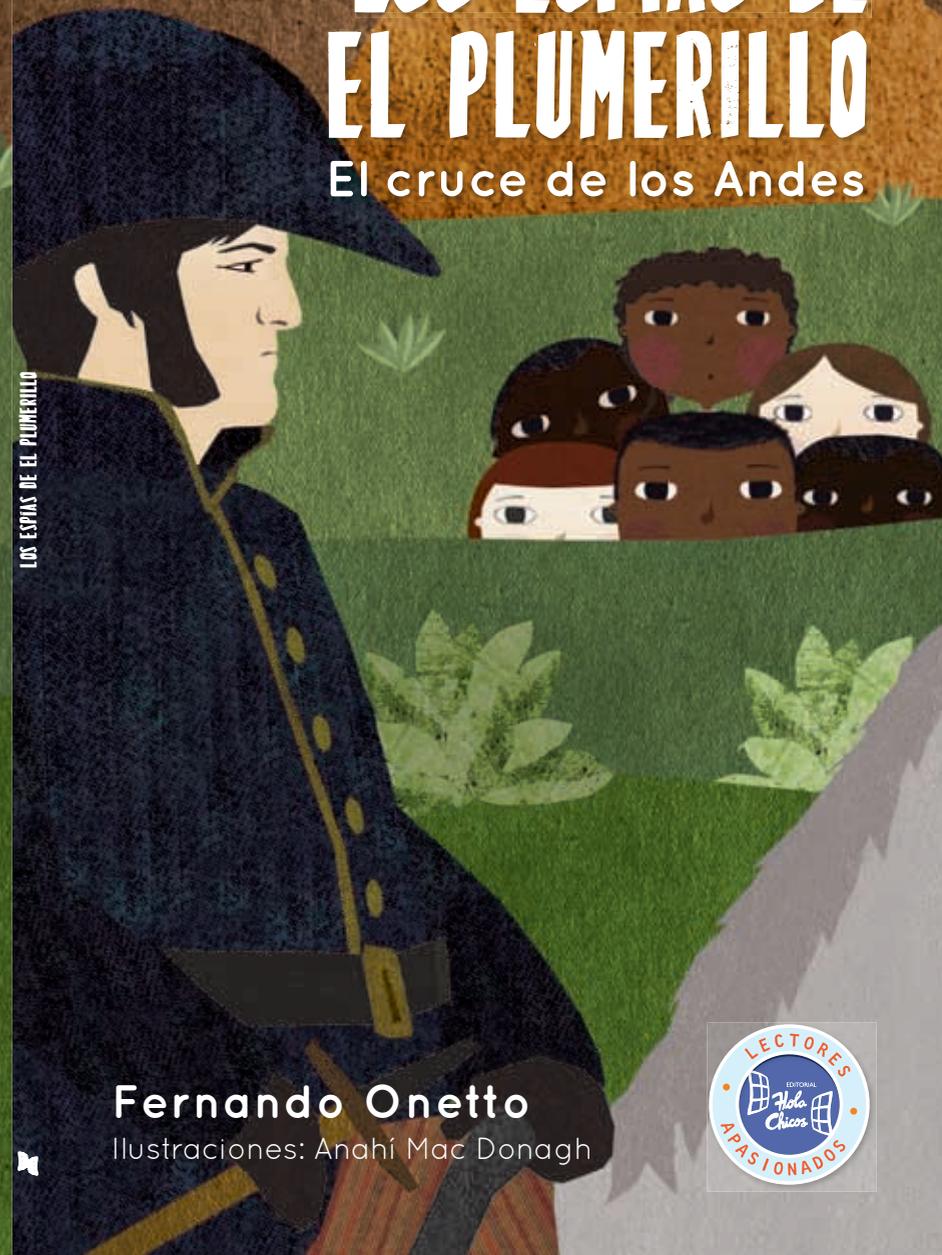
Cuando el general San Martín organizaba el cruce de la Cordillera de los Andes, un grupo de niños, varones y mujeres, emprendió una aventura. Los chicos se animaron a acercarse al campamento de El Plumerillo. Allí el ejército de los Andes estaba preparándose para la guerra. Ellos espían lo que sucedía en el campamento. Cañonazos, corridas, sustos y... juegos. Era un grupo de niños, seguro que había juegos. Aunque suenen los cañones y silben las balas.



LOS ESPÍAS DE EL PLUMERILLO

El cruce de los Andes

LOS ESPÍAS DE EL PLUMERILLO



Fernando Onetto

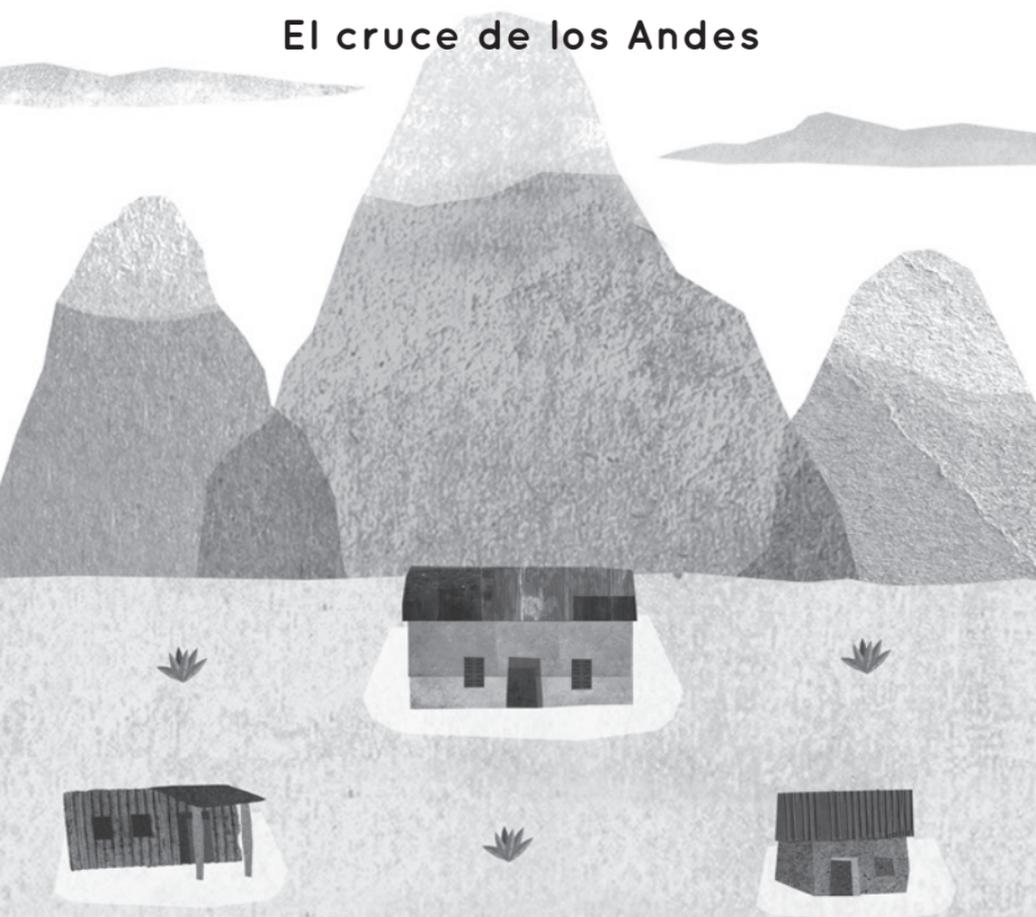
Ilustraciones: Anahí Mac Donagh



NUESTRA
PATRIA

LOS ESPÍAS DE EL PLUMERILLO

El cruce de los Andes



Fernando Onetto

Ilustraciones: Ana Mac Donagh



EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1121 4º "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

LOS ESPÍAS DE EL PLUMERILLO

Autor: Fernando Onetto

Ilustraciones: Ana Mac Donagh

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-14-8

Producción gráfica de 3.000 ejemplares realizada por Printerra SRL
Noviembre 2016

Onetto, Fernando Luis

Los espías del Plumerillo : el cruce de Los Andes / Fernando Luis Onetto ; ilustrado por Anahí Mac Donagh. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2016.

64 p. : il. ; 20 x 12 cm. - (Nuestra Patria ; 2)

ISBN 978-987-4007-14-8

1. Novelas Históricas. I. Mac Donagh, Anahí, ilus. II. Título.
CDD 863.9282

©2016 H olaChicosSRL

Quedahechoel depósi to que establece la Ley 11.723
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



ÍNDICE

Un juego junto a la montaña	5
Los espías del plumerillo.	15
Siesta en la Cordillera	27
El puma	33
Vuelta a casa. Historias mayores.	45
Siempre hay tiempo para jugar	53
Soñando cuesta arriba.	59
Sobre el autor.	63



UN JUEGO JUNTO A LA MONTAÑA

Era la primavera de 1816. Todo se había puesto oscuro. Amador sentía detrás de sí las manos de Baltasar, haciendo un nudo con el pañuelo que le tapaba los ojos por completo. Los seis chicos jugaban en el rancherío de los Peñalba, a media legua del campamento militar del Plumerillo en Mendoza. Eran tres ranchos: uno grande y dos más chicos. En el medio, un patio de tierra, donde habían formado una ronda. Amador estaba con los ojos vendados en el medio y los demás alrededor, moviéndose en ronda y en silencio.

—¿Quién soy? —dijo Rosario con voz gruesa. Amador extendía las manos sin ver nada. Le tocaba la cara a Rosario, trataba de adivinar. Por la altura Amador sabía que tenía dos nombres para elegir: Rosario o Lucrecia.

Todos los chicos se rieron y se tapaban la boca. Caía la tarde. El sol se despedía para irse detrás de las enormes montañas.



—Vos sos.... ¡Lucrecia! —dijo Amador sonriente.

—No... —contestó la voz ronca en tono bajito. Rosario corrió para que Amador no la agarrara.

—Pero ¿quién sos? —insistió Amador, tanteaba el aire con las manos.

Silencio. Los otros cinco chicos se llamaban Lucrecia, Rosario, Francisquita, Simón y Baltasar. Simón y Amador eran negros, Baltasar y Francisquita, mulatos. Rosario y Lucrecia, blancas.

De nuevo, todos corrieron alrededor de Amador. Las reglas del juego eran que no podían irse más allá del pequeño patio. Amador se acercaba al lugar del que le parecía escuchar ruidos. Caminaba con las manos por delante para no chocar.

—¡Ay! ¡Baltasar me pisaste! —gritó Lucrecia. Peligro: ¡se habían delatado! Comenzaron a correr más rápido. Amador no se podía sacar el pañuelo hasta que no

atrapara a alguno y dijera bien su nombre. Pero Lucrecia rengueaba. Amador enfiló hacia la voz que había oído, con los brazos hacia adelante. Atajaba para un lado y para el otro para pescar a alguno que pasara cerca.

—¡Alto! —dijo, la presa se quedó quieta. Todos en silencio—. Vos sos Lucreche —dijo agarrando a la que andaba medio renga por el pisotón.

—Sí... —dijo resignada Lucrecia—. Pero, pucha que sos pesado Baltasar —añadió.

Amador se desató el pañuelo con sonrisa de satisfacción.

—¡A comer! —dijo una mulata sonriente. De pronto, como sucedía cerca de la cordillera se había hecho noche cerrada. Había refrescado y era primavera.

Un rato después, los chicos estaban sentados alrededor de la mesa en la cocina. Con ellos comía la dueña de casa. Doña Encarnación Peñalba se sentaba con



ellos. Era algo raro en ese tiempo, porque los chicos y los grandes no comían juntos. También era raro ver a blancos, negros y mulatos juntos. Pero Encarnación había leído libros de Europa.



—Esos libros cambian mucho a la gente —pensó Rosario para dentro suyo. Era prima de Lucrecia, la hija de doña Encarnación. Rosario era una chica de pocas palabras.

—Mamá, mañana vamos a traer fruta y uvas de la finca del Plumerillo —le recordó Lucrecia a su mamá.

—Sí, van a estar preparados dos caballos y dos mulas con las canastas para la fruta —contestó doña Encarnación mientras les servía a todos una sopa espesa de verdura con pedacitos de pan frito adentro.

—Doña Encarnación, ¿podemos acercarnos al campamento ? —preguntó Baltasar.

Hubo silencio. Leonor se quedó pensativa. No contestaba. Iba a negarse: no le gustaba que estuvieran cerca del ejército. Lo observó con disimulo a Baltasar. El chico miraba serio la sopa. Ya era un hombre aunque tenía solo catorce

años. Leonor sabía que Baltasar iba a entrar pronto en el ejército. Sintió una mezcla de tristeza y respeto por el muchacho, al que había visto crecer en su casa desde que era un bebé. Todos esos chicos eran algo suyo: ella había ayudado a sus madres a cuidarlos y criarlos.

—Bueno, miren el campamento militar sin acercarse mucho. Y háganle caso a Baltasar —dijo dudando un poco. Quería hacerle este regalo de confianza al muchacho. Sabía que los iba a cuidar bien.

Los chicos empezaron a conversar emocionados. El Plumerillo era el lugar en donde se estaba preparando un nuevo ejército para defender Mendoza. Habían llegado unos militares del otro lado de los Andes, y decían que podían venir tropas enemigas a pelear con los mendocinos.

No pasó mucho rato hasta que todos los chicos estuvieron dormidos. Dos en la casa principal. Dos en el rancho de los negros

y dos en el rancho de los mulatos. Afuera,
un enorme silencio. Hasta los animales
parecían enmudecer por respeto a las
montañas, que nunca dejaban de ponerse
su adorno de nieve en las cumbres.





LOS ESPÍAS DEL PLUMERILLO

El sol quemaba los pies de Francisquita. Pero, no podía moverse. Los seis chicos estaban apretados como un puñado de maíz. Sufrían el impiadoso sol mendocino. Parecían una banderita negra y blanca desplegada en la tierra seca del Plumerillo. Estaban escondidos detrás de una lomita. No se animaban a asomar las cabezas protegidas con sombreros de paja. De madrugada habían salido del Rancho de los Peñalba. Haciendo media legua montados en los caballos y las mulas habían llegado al borde del campamento militar.

—¡Ay, me queman las patas! —se quejó Francisca refregando un pie con el otro.

—¡Callate Francisca que nos van descubrir! —le respondió Amador, que se asustaba con facilidad.

—Miren allá, al lado de la acequia hay unos manzanos que tienen sombra —señaló Baltasar. El papá de Baltasar era blanco y su mamá negra. Él era color marrón como el pelo de las llamas. Baltasar era el jefe de la pequeña expedición. Amador y Lucrecia también eran parte de la jefatura de aquel batallón infantil.

Juntos y agachados empezaron a correr. La tierra estaba cuarteada por el sol. Los chicos tenían sandalias de cuero. Se agarraban los sombreros para que no volaran por el viento en el silencio de la siesta.

Llegaron a los manzanos, y miraron hacia al campamento de los soldados. Era como un tablero de ajedrez: varios ranchos grises y la tierra casi blanca. Vieron unos

ranchos más largos de los que entraban y salían soldados. Y un patio de tierra, grande, grande. Escucharon el ruido de un grupo de caballos al galope, que corrían por el enorme patio. Sonaron gritos.



—¡A la carga! —gritaba un paisano con uniforme azul. Luego venían tres filas de jinetes una detrás de la otra y a todo galope, bien ordenaditos. Los gritos de los jinetes y el galope de los caballos se desataron al mismo tiempo. Hicieron explotar el silencio del desierto. Las viejas montañas parecían indiferentes.



Las tres filas de jinetes se alejaron por el patio dispersándose. El jefe se acercaba a hablarle a cada uno de sus soldados. Estaban lejos, pero no tanto porque escuchaban algunas palabras que gritaba aquel hombre que era el jefe de los soldados.

—¡Sin separarse soldados! —decía.

Detrás venía otra formación. Iban a pie marcando el paso. Todos igualitos sin adelantarse. Se arrodillaron. Agarraron los fusiles, encendieron unas mechas y ¡TAC! ¡TAC! ¡TAC! ¡TAC!

—Tengo miedo —le dijo Simón a Lucrecia, que estaba tirada al lado de él. Lucrecia no se alejaba de los más chicos. Tenía corazón de mamá.

—Tranquilo Simón, no son balas de verdad —le dijo, asomándose para ver qué pasaba en el campo de entrenamiento militar. Ella sabía que el militar que vino de Buenos Aires lo había organizado todo. Todo el mundo hablaba de él en su casa.